

# ESTADOS UNIDOS como Caudillo

NORMAN A. BAILEY

La conducta internacional de América Latina ha parecido siempre enigmática para los forjadores de la política internacional en Washington, pero quizás nunca tan incomprensible como en el caso de la reciente crisis cubana sobre la cuestión de los cohetes. En varias ocasiones, particularmente durante las Conferencias de Ministros de Relaciones Exteriores en San José, Costa Rica, y Punta del Este, Uruguay, los Estados Unidos han intentado obtener alguna acción concertada en contra de las actividades agresivas y subversivas de una Cuba dominada por el comunismo. Las respuestas de las naciones latinoamericanas iban de tibias a heladas, y lo más que los Estados Unidos pudieron obtener —y eso apenas por dos tercios de votos— fue la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos, paso que uno debe presumir fue recibido por los jefes Cubanos con algo menos que consternación total. Quizás aun más alarmante es el hecho de que las seis naciones que rehusaron votar aun por este débil paso eran las más grandes y las más importantes de las naciones de la América Latina: Brasil, México y Argentina. Al mismo tiempo, el sentimiento antiamericanista parecía creciente entre el populacho en general, y casi diariamente habían motines y manifestaciones en favor de Cuba en una ciudad o en otra de la región.

Siguiendo al discurso del Presidente Kennedy del 22 de octubre de 1962, discurso que denunciaba el establecimiento por Rusia de bases para cohetes dirigidos en Cuba, y que los Estados Unidos mantendrían un bloqueo de la Isla hasta que las bases fueran desmanteladas, se despacharon de Washington a las embajadas, consulados, agencias de información y otras oficinas de los Estados Unidos en Latino América, instrucciones para que se prepararan contra los serios motines que provocaría la iniciativa norteamericana. Al mismo tiempo el Consejo de la Organización de Estados Americanos fue convocado con la esperanza de que las abstenciones de Punta del Este se redujeran a cuatro, con Ecuador y Argentina uniéndose a las otras naciones en condenar los movimientos militares soviéticos y en respaldar el bloqueo.

Entonces ocurrieron la segunda y tercera sorpresa en la cuestión cubana. El Consejo de la Organización de Estados Americanos votó unánime y entusiastamente respaldar el bloqueo y condenar la agresión Soviética, y con excepción de en La Paz, Bolivia, no hubo una sola demostración antinorteamericana o moín en ninguna parte de Latino América, mientras en algunas ciudades hubo grandes manifestaciones en favor de los Estados Unidos. Aun en La Paz, los motines anti-Yankees fueron vigorosamente opuestos por grupos de igual tamaño que se manifestaron a favor de los Estados Unidos.

A pesar de estas aparentes contradicciones, ninguno

de estos acontecimientos deberían causar sorpresa en Washington. Que la causaron, y que ocurrencias similares en el pasado han recibido increíbles e insospechadas respuestas, indican una concepción fundamental errada con respecto a las reacciones políticas de los Latinoamericanos

## LA MENTALIDAD PATRON-CAUDILLO

Desde 1930, la línea que los sentimentalistas han seguido en el campo de las relaciones latinoamericanas ha sido la de patrocinar un programa bajo las siguientes bases: "En esencia esta política debe ser triple: abandonar la actitud de considerar a la América Latina como por de contado; una posición general de favorecer la democracia contra la dictadura en el Nuevo Mundo; y un programa de verdadera cooperación económica". Declaraciones como esta abundan y como tales, nada tienen de malo en sí. Son, sin embargo, terriblemente inadecuadas, porque ignoran totalmente los aspectos del poder en las relaciones entre los Estados Unidos por una parte y Latino América por otra.

La mentalidad del "patrón", desarrollada a través de centurias de relaciones económicas feudalistas y conceptos religiosos paternalistas, es general en Latino América. Aunque los procesos de modernización e industrialización han comenzado a horadar esta tendencia psicológica, no han llegado a todo Latino América, y aun donde han sido fuertes sus efectos han sido limitados, y en algunos casos, por medio de la atomización social, simplemente han intensificado las frustraciones de las gentes acostumbradas a la ecuación patrón-peón.

En las esferas provinciales y nacionales, la "mentalidad de patrón" en la vida social y económica ha sido llevada a lo que podríamos llamar la "mentalidad de caudillo". Como con el "patrón" local, el "caudillo" no sólo tiene autoridad sino responsabilidades, y se espera que sea benevolente en el desempeño de estas responsabilidades al mismo tiempo que firme y eficiente en cumplirlas. "Fuerte" pero benevolente dirigencia es el ideal del latinoamericano en la esfera nacional. No es, por supuesto, un masoquista, y si el gobierno o el "caudillo" ataca sus libertades o lo que considera sus asuntos privados, él podrá resistencia. Al mismo tiempo, un gobierno "débil" no importa cuán benévolo y bien intencionado sea, es despreciado y opuesto, principalmente si —en opinión de las gentes— no está llenando sus responsabilidades.

Esta psicología es llevada por las naciones latinoamericanas a la esfera internacional. Están perfectamente conscientes de sus incapacidades en la arena mundial y de sus esenciales debilidades. Esperan ser benévola-

mente protegidas y tan activamente se empeñarán en conseguir esa protección, como lucharán en contra de su "protector" si sienten que está entrometiéndose en sus asuntos internos. Pero precisamente porque están preocupados con sus problemas internos, que son muchos, no están interesados en lo más mínimo en compartir las responsabilidades del "caudillo" internacional.

¿Por qué estos aspectos de la psicología latinoamericana han sido generalmente ignorados y malinterpretados? Una razón puede ser la tendencia a hipostatar la nación olvidando que es un agregado de voluntades individuales. Así, muchos que están perfectamente conscientes de las mentalidades de "patrón" y "caudillo" en los niveles locales y nacionales, no llevan esa misma conciencia a la esfera internacional. Otra razón puede ser simplemente un deseo subconsciente de no reconocer los hechos, ya que chocan tan violentamente con la ética norteamericana, causando profundos complejos de culpa siempre que los Estados Unidos abiertamente ejercen su poder en la arena internacional.

## LOS CAUDILLOS INTERNACIONALES

Latino América ha tenido dos "caudillos" internacionales después de las guerras de Independencia de España y Portugal. Durante la mayor parte del siglo XIX, Gran Bretaña llenó este papel. Después de los iniciales intentos abortados de arrebatar porciones de la América del Sur del dominio de la España decadente, y a pesar de sus posteriores depredaciones en el Caribe, la Gran Bretaña era el perfecto "caudillo" que protegía a la América Latina —"en su propio interés"— de los otros poderes europeos, con una política que era a la vez efectiva y altamente previsible.

En 1895 este "caudillaje" pasó de la Gran Bretaña a los Estados Unidos. Aunque en términos de poder no era inferior al de la Gran Bretaña, y más tarde fue mucho más poderosa, esta relación de "caudillo" no ha sido tan satisfactoria desde 1895 como antes. Los Estados Unidos están muy cerca y su poder es quizás un poco avasallador. Mas importante que eso es, sin embargo, la extrema imprevisibilidad de la política norteamericana, en apariencia eternamente vacilante entre la directa intervención y la absoluta indiferencia, entre la política del poder y el idealismo. Es por esta razón que la política de los Estados Unidos parece hipócrita a los latinoamericanos y sus vacilaciones enigmáticas y defraudadoras.

## INDEPENDENCIA

La pérdida de la hegemonía Española y Portuguesa en la segunda y tercera décadas del siglo XIX —debido principalmente a la pérdida de prestigio de las madres patrias por razón de sus débiles y pusilánimes actitudes ante el reto de Napoleón— llevó a una desesperada búsqueda a través de Latino América por un símbolo de legitimidad en el gobierno, una búsqueda que todavía sigue con no menos urgencia y violencia. Aun antes que se obtuviera la independencia total, muchos latinoamericanos recomendaron la importación de príncipes europeos para establecer dinastías. Ninguna de estas iniciativas tuvo éxito, pero en tres de las nuevas naciones —Brasil, México y Haití— las dinastías nativas mantuvieron domi-

nio temporal. El ideal republicano era demasiado fuerte, sin embargo, y los recuerdos de la monarquía muy desagradables para que tales coronas criollas pudieran perdurar, y eventualmente la forma republicana de gobierno fue adoptada en todas partes.

Mientras tanto, el pueblo de Buenos Aires rechazó en dos ocasiones los intentos de los ingleses para dominar el puerto (1806 y 1807), después de los cuales prevaleció el consejo de prudencia en el gobierno Británico. Abandonando la conquista, y el gasto y las dificultades concurrentes, los Británicos se dedicaron a monopolizar el comercio Latinoamericano por medio de su avasallador poder naval. En cambio los Latinoamericanos recibieron protección de los intentos de partes de España para la recuperación de sus colonias y de las amenazadoras incursiones de otras naciones europeas.

Aun en 1811, con el enunciado de la Doctrina del No Transferimiento, los Estados Unidos formularon una política igualmente dirigida contra Gran Bretaña y otros posibles colonizadores del sur. Aunque no tendría; por casi una centuria, el suficiente poder para retar la hegemonía de Gran Bretaña en Latino América, los Estados Unidos dieron claras y prontas indicaciones de tal desarrollo eventual. "Nosotros somos", dijo Henry Clay en 1818, "su gran ejemplo".

## GRAN BRETAÑA COMO CAUDILLO

Como "caudillo" internacional de Latino América, Gran Bretaña no estuvo limpia de maniobras predatorias, a pesar del abandono de sus primeros intentos de conquistar Buenos Aires. Las Islas Falkland (Malvinas para los Argentinos), Honduras Británica (Belice para los centroamericanos) y la Costa de los Mosquitos de Nicaragua, —esta última por un tiempo—, llegaron a estar directamente bajo el dominio Británico. Estas conquistas fueron relativamente sin importancia y en ningún momento significaron ser parte de un plan de agresión total. Excepto en cuanto las políticas gubernamentales de Latino América tocaran los intereses de los inversionistas Británicos, sus propiedades o sus personas, el gobierno Británico apenas si intervino en la composición interna de aquellos gobiernos. Aun en la protección de las propiedades y personas, tales intervenciones que se llevaron a cabo fueron consideradas aun por los inversionistas mismos como verdaderamente inadecuadas.

Mas importante que los mordiscos y pedazos que los británicos obtenían y sus esporádicas intervenciones en el cobro de deudas, era la aparente voluntad Británica de llevar a cabo esas intervenciones en concierto con otras naciones europeas, en Argentina, México y dondequiera. En un caso, tal voluntad condujo al establecimiento del breve Imperio de Maximiliano en México bajo las mismas barbas de los británicos, quienes habían originalmente llegado a México junto con los franceses y españoles a forzar el pago de deudas.

A pesar de estas temporales aberraciones y fallas, sin embargo, la asociación Britano-Latinoamericana durante el siglo XIX fue por lo general pacífica y exitosa para ambas partes. La Gran Bretaña monopolizó efectivamente el comercio Latinoamericano, permitiendo sólo tal competencia como la que quisieran, y se hicieron grandes inversiones en la región que les producía buenas ganan-

rias a los inversionistas, y en todos los casos a los promotores de tales inversiones. En cambio, una área en constante caos y alboroto, con poca o ninguna capacidad de defenderse a sí misma, cruzó la era de la máxima colonización europea con apenas un rasguño y sin otra pérdida territorial a nación europea que no fuera a Gran Bretaña misma.

Como es bien sabido, aun la Doctrina de Monroe fue enunciada por iniciativa británica, y fue completamente inoperante durante el primer medio siglo de su existencia, excepto como una aquiescencia a la "Pax Britannica". Varias naciones Latinoamericanas sugirieron alianzas militares con los Estados Unidos en 1824, y fueron rechazadas. Algunos años después, el dictador Rosas, de Argentina, pidió la cooperación de los Estados Unidos para expulsar a los ingleses de las Islas Malvinas y fue también rechazado. Había cierta confusión de parte de los Latinoamericanos sobre quién era el verdadero "caudillo". Sin embargo, los ingleses comenzaron temprano a reconocer el especial interés norteamericano en el área del Caribe, especialmente después de su fracaso en establecer una república de Texas independiente como cojinete entre los Estados Unidos y México. La Guerra Mexicana, que siguió al Corolario Polk de la Doctrina de Monroe, en 1845 y las expediciones filibusteras a México, Cuba y Centro América durante la década de 1850-1860, se combinaron para fortalecer la impresión de que los Estados Unidos intentaban ejercer su influencia en el Caribe. Los intereses norteamericanos en Cuba eran francos si no vocingleros. La situación en cuanto al proyectado canal interoceánico fue reglamentada por el Tratado Clayton Bulwer de 1850, en el que Gran Bretaña reconocía iguales derechos a los Estados Unidos en el Proyecto. Los ingleses activamente ayudaron a los gobiernos Centroamericanos en repeler a los filibusteros norteamericanos, aunque el rompimiento de la Guerra Civil de los Estados puso fin a aquellas actividades.

## EL CAMBIO DE CAUDILLOS

Poco tiempo después, el "caudillo" Británico comenzó a flaquear y su atención comenzó a concentrarse en el Lejano Oriente y Africa en vez de Latino América. Al mismo tiempo, inmediatamente después de la terminación de la Guerra Civil, los Estados Unidos dieron los primeros pasos firmes para reforzar la Doctrina de Monroe, contra Francia en México y contra España en la República Dominicana. Aunque la retirada de estos países —ya sea por razón de, a pesar de, o independientemente de la intervención norteamericana, no tiene importancia para nosotros aquí— fue seguida por un período de relativa inactividad mientras los Estados Unidos se reconstruían e industrializaban. Hacia 1881, el nuevo gigante industrial se sintió lo suficientemente fuerte para intentar institucionalizar sus relaciones con la América Latina por medio de la convocación de la Primera Conferencia Interamericana. El principal propósito de la Conferencia —por fin sostenida en 1889-1890— fue el de fortalecer los lazos comerciales, como se demuestra por el viaje de tres semanas que los Delegados hicieron por los Estados Unidos antes de la apertura oficial de la Conferencia, y el establecimiento por la misma de una Oficina Comercial que actuaría como único organismo de enlace. Es paten-

te el contraste con el Congreso de Panamá de 1826, al que asistió una Delegación Británica oficial, y al que los Estados Unidos fueron finalmente invitados por el Congreso Colombiano sin autorización para ello y al cual el Delegado norteamericano nunca llegó.

Una ignorada disputa fronteriza entre Venezuela y la Guayana Inglesa produjo el cambio real de "caudillos" en el Hemisferio Occidental. Por este tiempo, Gran Bretaña se veía envuelta por todas partes y su posición estaba siendo discutida por doquiera. Los Estados Unidos, en cambio, estaban comenzando a ejercitar sus músculos y estaban por embarcarse en un nuevo período de imperialismo. El Presidente Cleveland exigió a la Gran Bretaña que fuera al arbitraje y Salisbury rehusó. El 20 de Julio de 1895, el Secretario de Estado, Olney, dio su famosa y extravagante declaración: "Los Estados Unidos son ahora prácticamente soberanos en este continente, y su fiat es ley para los súbditos a quienes limita su mediación".

Este no podría haber sido un mejor "pronunciamiento" que si hubiera sido emitido por Juan Vicente Gómez. Por el siguiente medio siglo, la única disputa al respecto sería acerca de la cuestión de a "cuáles" súbditos los Estados Unidos deberían propiamente limitar sus "mediaciones". Después de considerables dudas y de posibilidades de guerra, los ingleses cedieron en 1896 y los Estados Unidos suplantó a la Gran Bretaña como "Caudillo" del Hemisferio Occidental. "En el Caribe, la rendición británica de 1896 resultó ser sólo el comienzo de un proceso que en menos de una década convertiría el hasta ahora mar dominado por los ingleses en la primera línea de defensa de los Estados Unidos". (Arthur P. Whitaker, "Los Estados Unidos y la América Latina —Las Repúblicas del Norte", Cambridge, Harvard University Press, 1948, p. 160).

Casi inmediatamente que los Estados Unidos se volvieron el "caudillo" del Hemisferio Occidental, comenzaron a actuar de una manera alarmante y a intervenir en los asuntos de la América Latina en una forma que Gran Bretaña nunca usó. La guerra de los Estados Unidos contra España condujo a la anexión de Puerto Rico y a la ocupación temporal de Cuba, seguida de una muy condicionada independencia. Siguiendo la rendición de los ingleses en el Caribe, hecha evidente con la firma del Tratado Hay-Pauncefote de 1901, que derogó los derechos ingleses estipulados en el Tratado Clayton Bulwer, Teodoro Roosevelt, rehusó ratificar el Tratado Hay-Herrán, y erigió otro estado semi-independiente en el Caribe. Mientras tanto, en 1902, la última boqueada de la intervención europea en Latino América (hasta los últimos intentos abortivos de los Nazis en la década de 1930) ocurrió con el bloqueo pacífico de Venezuela por Gran Bretaña, Alemania e Italia. Se tomaron las debidas precauciones para asegurar que la acción no fuera desagradable a los Estados Unidos. En 1912, el Corolario Lodge proclamó que a las naciones extranjeras no se les permitiría establecer bases en el Hemisferio Occidental. De 1913 a 1917, los Estados Unidos comenzaron una serie de intervenciones en México —con las mejores intenciones, por supuesto, Wilson era Presidente— pero con el único resultado de conseguir la enemistad de los sucesivos regímenes mexicanos.

Durante una década después de la Primera Guerra

Mundial, los Estados Unidos parecían determinados a seguir las interpretaciones de la Doctrina de Monroe y la Declaración Olney enunciada por el Presidente Teodoro Roosevelt en 1905, en el llamado Carolario Roosevelt. Este se proponía dar a los Estados Unidos el derecho de ejercitar un "poder policíaco internacional" en el Hemisferio Occidental, no contra incursiones extrañas sino dentro de las naciones mismas del Hemisferio. Como "caudillo", los Estados Unidos estaban resultando muy turbulentos y claramente no se limitaban a sus responsabilidades internacionales. La reacción general a las actividades de los Estados Unidos en México, Cuba, Panamá, la República Dominicana, Haití y Nicaragua, está muy bien expresada en esta copla de un romancero mexicano compuesto por el tiempo de la expedición del General Pershing en contra de Pancho Villa en 1916:

Madre mía de Guadalupe,  
bendice a este tu soldado,  
que mañana va a la guerra,  
la guerra de la intervención.

Y un escritor colombiano, con el recuerdo de Panamá fresco en su mente, escribió. "Wilson y Roosevelt han desgarrado la gloriosa bandera; ellos ondean el insolente trapo sobre las aflicciones de la raza Latina de América, que ellos sueñan con exterminar, en la salvaje ferocidad de sus almas de bárbaros". Un sorprendente retrato de Woodrow Wilson!

La política del Buen Vecino, comenzada por Hoover y llevada a su culminación por Hull, Welles y Franklin D. Roosevelt, restauraron la imagen de los Estados Unidos como "caudillo" benefactor, muy oportunamente para asegurar la substancial cooperación Latinoamericana en la Segunda Guerra Mundial. Roosevelt simbolizó el "caudillo" benevolente para los Latinoamericanos, y la base psicológica de ese sentimiento puede fácilmente comprobarse comparando la devoción por Roosevelt, que todavía existe en Latino América con lo que realmente hizo para las relaciones interamericanas. (La mayoría de las evacuaciones norteamericanas del Caribe fueron llevadas a cabo durante la administración de Hoover. Roosevelt no hizo más que formalizarlas y publicarlas). En 1960, Alfredo Vitolo, entonces Ministro de Gobernación de la Argentina, le declaró a William Benton que Roosevelt se había ganado la confianza del pueblo de la América Latina: "Cuando llegó aquí fue aclamado como un caudillo mundial". Aun enemigos declarados de los Estados Unidos, tal como Guillermo Toriello, el último Ministro de Relaciones Exteriores de Arbenz, son pródigos en sus alabanzas de Roosevelt: "Entre los horrores de la tragedia (la Segunda Guerra Mundial), la apostólica figura de Roosevelt ha llenado de esperanzas los pueblos del mundo; esperanzas de hermandad universal, de libertad de opresión, de miseria y de temor; que, particularmente en América no habrán naciones de primera y de segunda clase, sino que todas serán iguales..." (Guillermo Toriello, "La Batalla de Guatemala" Cuadernos Americanos, 1955, p. 63).

Las cualidades de Roosevelt, las que lo hicieron un perfecto "caudillo", no consistían primordialmente en su política interamericana como tal, sino más bien en una combinación, —en la esfera internacional— de firme

dirigencia, aceptación de las responsabilidades internacionales, de los intereses y limitaciones de los Estados Unidos y, benevolencia. Esta combinación fue premiada con la fidelidad de todas las clases sociales de la América Latina y su apoyo en el empeño de la Guerra.

En el resplandor crepuscular de la era de Roosevelt y la exitosa conclusión de la Segunda Guerra Mundial, la posición de "caudillo" de los Estados Unidos fue institucionalizada en el Tratado Interamericano de Asistencia Mutua (Tratado de Río de Janeiro, 1947) y la Carta de la Organización de Estados Americanos (1948). Por medio de estos dos instrumentos la "Pax Americana" fue legitimada, en efecto unilateralmente, en la esfera internacional, y por medio de esfuerzos comunes y consultas en la esfera de las relaciones interamericanas. Estos instrumentos han operado asombrosamente bien para conciliar aquellas diferencias para las cuales fueron establecidos. En nueve ocasiones distintas, de 1948 a 1960, el Tratado de Río ha sido formalmente invocado en disputas dentro de la familia Americana. Estas disputas envolvían en ocasiones diversas a Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Haití, la República Dominicana, Panamá, Perú, Ecuador, Venezuela y la pre-Castro Cuba. Exactamente la mitad de las repúblicas independientes de Latino América, rápida y exitosamente se han arreglado por el sistema interamericano. Aquellos casos que se han visto envueltos en la Guerra Fría, sin embargo, como Guatemala y Cuba, no han sido arreglados por medio de la maquinaria de la OEA por la sencilla razón que esa maquinaria no está estructurada para tratar tales cuestiones, ni podría estarlo dada la psicología de las naciones Latinoamericanas, una psicología que exige que los Estados Unidos se hagan cargo de sus propias responsabilidades y no traten de echárselas sobre los hombros de otros. Mantener a Latino América libre de la Guerra Fría es una de las responsabilidades de los Estados Unidos, tal como lo ven los Latinoamericanos, y en lo que a ellos concierne, la más importante.

La Administración de Truman cumplió sus deberes internacionales adecuadamente, pero no fue lo suficiente benévola para el gusto Latinoamericano. Un verdadero "caudillo" no se olvida de uno, sino que tiene siempre nuestros intereses en mente. El régimen de Eisenhower combinó las malas cualidades de ser Republicano (desde Roosevelt los Latinoamericanos han conectado el Partido Demócrata con las propias características caudillistas), tener al frente una dirigencia débil y continuar ignorando a la América Latina. Unido al intento de Dulles de atraer a la América Latina hacia la Guerra Fría y su aparente intervención en detener una revolución social en Guatemala, las relaciones USA-Latino América alcanzaron un nuevo bajo nivel. El viaje de Nixon simbolizó las dificultades. Para los latinos, Nixon era un líder malévol y flojo, la peor combinación posible. Aunque recibida al principio con entusiasmo, la Administración Kennedy pronto llegó a desengañar a Latino América. Una débil dirigencia parece continuar y deteriorarse en la Guerra Fría. Extorsión y soborno parecen ser las únicas políticas aplicables a Latino América. El chasco de Bahía de Cochinos, quizás el acto más dañino en que los Estados Unidos se han visto envueltos en la América Latina, dio la impresión de senilidad y vacilación en la política norteamericana. Los reveses norteamericanos en otras partes

del mundo, unidos al esfuerzo desesperado de los Estados Unidos por obtener que Latino América comparta sus responsabilidades en la cuestión de Cuba, puso a los Latinoamericanos en duda de que si el "caudillo" internacional estaba por abdicar. De pronto, naciones que nunca habían sentido la necesidad de embajadas Rusas o de sus satélites, comenzaron a negociar por el intercambio de representaciones diplomáticas, y el sentarse en la línea divisoria internacional se puso a la moda. Un comentarista uruguayo escribió en Abril de 1962: "Latino América rehusa encararse a los problemas que surgieron en Punta del Este porque el escapismo se ha vuelto la esencia de su política". (Alex Pereira Formoso, "Cuadernos", París, Abril de 1962). Este escapismo tan enigmático para la Administración Kennedy continuó siendo la política de Latino América hasta Octubre de 1962 —crisis de los cohetes, y sus consecuencias igualmente enigmáticas. El entusiasmo con que los Latinoamericanos recibieron esta iniciativa de parte de los Estados Unidos llevó a los periódicos norteamericanos a publicar titulares como, "En apoyo de la fuerza desean más", que deben haber parecido sorprendentes a la Administración Kennedy. Hay fuertes indicaciones que el mayor temor de los Latinoamericanos —fuera de los Comunistas y Fidelistas, por supuesto—, es que habiendo sacado los cohetes de Cuba, los Estados Unidos vuelvan al sentimentalismo y a la ineficacia. Existe el temor también de que Krushchev, después de todo, ha conseguido sus objetivos al colocar los cohetes en Cuba, esto es, mantener el régimen de Castro como un centro de propaganda y subversión, aun cuando aquel régimen esté debilitado temporalmente por la imagen "entreguista" de Fidel ante el resto del hemisferio.

## LECCIONES DE POLITICA EXTERIOR

La psicología del "patrón" o "caudillo" y sus efectos en la política exterior de las naciones latinoamericanas son bastante rectos y predicibles. Ellas no quieren verse envueltas en la Guerra Fría, excepto de una manera formal y ratificatoria. "Ellas sienten que no tienen nada que ganar y mucho que perder al ser arrastradas al conflicto de los grandes poderes en el que sólo serán explotadas". (Edwin Lieuwen, "Armas y Política en Latino América", New York: Praeger, 1961, p. 256). Esos asuntos son la responsabilidad de los Estados Unidos, y es precisamente una de las funciones del "caudillo" internacional mantenerlos alejados del hemisferio. Los intentos por multilateralizar esa responsabilidad serán interpretados como señales de debilidad. Este punto es uno que crea las mayores dificultades y equivocaciones en Washington: "El énfasis Latinoamericano sobre no-intervención y su determinación en preservar este básico principio del sistema regional interamericano es comprensible. Pero lo que los Latinoamericanos no han podido reconocer, o convenientemente han ignorado, es que lo correlativo de no-intervención unilateral es intervención colectiva siempre que la paz y la seguridad del Continente esté amenazada". (William Manger, "Pan América en Crisis", Washington: Public Affairs Press, 1961, p. 95).

El anterior comentario perceptivo de Manger ignora el hecho de que cuando se trata de una disputa "intra Americana" los Estados latinoamericanos tienen muy poco escrúpulo acerca de intervención multilateral. En las esferas internacionales y de la Guerra Fría el latinoamericana-

no explica mejor su actitud con este comentario: "La obligación de dirigencia recae en los Estados Unidos no solamente porque nosotros podemos dar las mayores contribuciones, sino también porque tenemos lo más en juego". (Ibid. p. 82). (Un editorial de La Prensa, de Lima, dio en el clavo al escribir: "La diplomacia de los Estados Unidos no ha tenido mucho éxito. El problema del hemisferio no es solamente el Comunismo sino también la falta de dirigencia".)

No intervención en lo que los Latinoamericanos consideran sus asuntos internos es tan importante como dirigencia internacional. Desgraciadamente, al menos hasta la crisis de Octubre de 1962, la política norteamericana parecía estar cayendo en una combinación de debilidad internacional y una creciente tendencia a intervenir en la política interna de Latino América. Tal intervención sería violentamente resentida, no importa cuán puros fueran los motivos. La intervención norteamericana en la Argentina para impedir la elección de un semi fascista, futuro dictador, resultó en el grito de campaña más efectivo de la historia argentina: "O Perón o Braden". Otra bien intencionada intervención, aquella del Perú en el verano de 1962, con la intención de asegurar la elección de Haya de la Torre, unió a los peruanos alrededor de la Junta Militar que impidió su inauguración como nada lo hubiera podido hacer. Por el tiempo de la intervención norteamericana en Guatemala en 1954, la toma de esa nación por los comunistas no se había hecho patente a los latinoamericanos. Los diarios de la oposición se publicaban, los partidos de oposición todavía funcionaban, el ejército estaba intacto. Así fue que los Estados Unidos fueron execrados por ayudar a detener lo que se consideraba una naciente revolución social en Guatemala.

Programas tales como la Alianza para el Progreso no tendrán oportunidad de éxito alguno al menos se restablezca el palio protector de los Estados Unidos sobre el Hemisferio Occidental y la Guerra Fría se mantenga definitivamente alejada. La frustración Latinoamericana por la ausencia de dirigencia de parte de los Estados Unidos ha sido intensa: "Parece que ahora los Estados Unidos los han repuesto (el garrote y la política del buen vecino) con la política de la amable sonrisa, la hermandad literaria, la ayuda por cuentagotas, y un noble y bien intencionado, pero absolutamente ineficaz, espíritu Panamericano". (Héctor Charry Samper, "La beligerancia del inter-americanismo", Combate, No. 14, Enero-Febrero, 1961, p. 34).

Los Estados Unidos no pueden alcanzar el afecto de las naciones Latinoamericanas, y esforzándonos por conseguirlo perderemos el respeto. Hasta Octubre de 1962, parecía que estábamos firmes en el camino del sentimentalismo y la desmañada intervención, lo que hizo comentar a un agudo observador de los asuntos Latinoamericanos: "...habiendo descartado todo el cúmulo de experiencia y conocimiento que los Estados Unidos poseen en el campo de Latino América, en favor de aficionados buscadores de efectos dramáticos, no parece que los Estados Unidos, por ahora, sean capaces de proveer esa dirigencia". (Simón G. Hanson, "El fracaso de Punta del Este", Inter-American Economic Affairs, XV, 4).

Puede ser que los cohetes rusos de alcance intermedio prueben el error de este observador. Puede ser que ni aun eso, a la larga, produzca una más correcta comprensión de la psicología Latinoamericana.